

"Me tiene que ayudar, oiga", dijo el general Leigh. "Ahí afuera tiene a un ministro", respondió el asesor Raúl Sáez.

Las piezas de artillería apuntaban a los torres durante los allanamientos: el peligro de ataque era incierto.



que se le deparaba para aquel día 9.

En los pocos días que habían transcurrido desde el golpe, la economía se había convertido en una zona de caos.

Nadie entendía muy bien qué ocurría con los compromisos externos, con las renegociaciones, con las deudas impagas y con los recursos frescos.

Ni el general Eduardo Cano en el Banco Central, ni el general Rolando González en Economía, y ni siquiera el contralmirante Lorenzo Gutzuzo en Hacienda, lograban ordenar la confusa información con que los militares se encontraron en las reparticiones claves.

Para hacer ese trabajo había sido convocado, desde Venezuela, el ingeniero Raúl Sáez, a quien se dio el rango de asesor directo de la Junta.

Sáez había conseguido dar coherencia a los datos, pero el gobierno carecía de equipo.

Aunque la situación hizo crisis a comienzos de octubre, la Junta buscaba reemplazar al general Rolando González en Economía desde los primeros días tras el golpe.

A decir verdad, González estaba en su cargo como una solución de continuidad: ese general había sido el último ministro de Minería de Allende,

hasta el mismo día del golpe.

Pero, otra vez como en el comienzo, no había nombres disponibles.

En las primeras discusiones surgió el nombre de un abogado que trabajaba en la Contraloría, y que había pasado por la Caballería del Ejército: Hugo Araneda Dórr.

Araneda fue sondeado por instrucciones de la Junta.

Y en principio aceptó, pero a condición de que el manejo de la economía estuviera realmente en sus manos.

Para ello propuso exponer un plan ante la Junta.

La sugerencia fue aceptada. Durante varias semanas, cada mañana, Araneda Dórr fue explicando los fundamentos de su plan económico ante la atenta mirada de la Junta y de algunos de sus asesores.

En la Marina estaban, ciertamente, los más preparados. Y fueron ellos los que descafeizaron la viabilidad del plan Araneda Dórr, básicamente porque éste pretendía fundarlo en un dólar fijo y de bajo precio.

El descarte de Araneda Dórr tomó más tiempo del conveniente, y a la vuelta de los días, la Junta volvía a estar sin titular en el cargo de Economía.

Los hombres de la Armada

En eso estaba el general Leigh aquel 9 de octubre, cuando el asesor Raúl Sáez entró a su despacho.

Leigh lo miró con esperanza.

—Me tiene que ayudar, oiga —le dijo—. No tenemos ministro de Economía.

—Ahí afuera tiene uno —dijo Sáez, convencido.

—¿Y quién es?

—Fernando Léniz, de *El Mercurio*. Es muy talentoso, y quiere ayudar.

—Muy bien —dijo Leigh, y se reunió con la Junta para plantear su proposición.

Léniz suspendió su viaje y juró al día siguiente.

Los asesores civiles que giraban cerca de la Armada no pusieron objeción alguna.

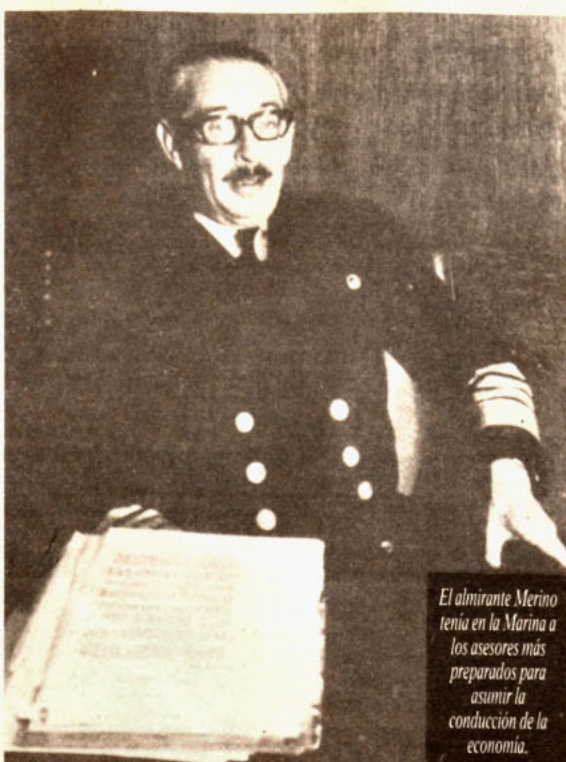
Ni Sáez ni Léniz supieron por qué tanta facilidad.

Y es que detrás, había, otra vez, una historia polémica.

Aquella historia se remonta a antes del golpe, cuando una comisión de economistas opositores a Allende elaboró un programa económico alternativo al de la UP.

El programa fue un encargo secreto hecho por la Sofofa, que arrendó para ello una oficina en Nataniel, sobre el cine Continental.

Esa comisión estaba dominada por un grupo de egresados de la Universidad de Chicago que por distintos ca-



El almirante Merino tenía en la Marina a los asesores más preparados para asumir la conducción de la economía.

minos se habían allegado al Partido Nacional, la Universidad Católica y el gremialismo.

Emilio Sanfuentes, asesor de Agustín Edwards y líder del grupo de estudios, había hecho llegar el plan alternativo a su socio del Pollo Stop, Hernán Cubillos, y a Roberto Kelly, dos ex marinos que compartían amistad de años, cercanía con Edwards y afición por el *yatching*.

De Cubillos y Kelly a los oficiales a la Armada hubo un solo paso.

Y debido a ese paso, la Armada fue, en el momento del golpe, la única institución que pudo disponer de un plan.

Para afianzarlo, el grupo de Chicago se preocupó de evitar que en áreas claves de la economía quedara gente poco afin.

Y otra vez fue Roberto Kelly el encargado de hablar con el almirante Merino para poner en Odeplan a un hombre de la misma línea.

Merino no lo dudó: propuso a Kelly.

Simultáneamente, el grupo se apersonó en el Ministerio de Economía para persuadir al gobierno de aplicar sus planes.

La llegada fue posible por el azar, que en aquellos días lo hacía todo.

Junto al general González en Economía había sido nombrado como subsecretario un coronel retirado, Enrique Lackington.

El coronel tenía un hijo, Tomás Lackington, que había trabajado con los Chicago en el plan alternativo a la UP.

Organizar la reunión fue una cuestión casi familiar.

El joven decano de Economía de la UC, Sergio de Castro, llevó la voz cantante ante los militares, que escucharon con cierto asombro su tono

firme, decidido y seguro.

Propusieron devaluar. Araneda Dórr, el partidario de la fijación del dólar bajo, armó un escándalo que llegó rápidamente a Pinochet y a Leigh.

Sin saber qué camino tomar, angustiados por la urgencia de las decisiones en una economía descontrolada, la Junta congeló la discusión.

Hasta que el general Leigh supo que uno de sus oficiales había tomado contacto con Raúl Sáez en Venezuela.

Entonces Leigh propuso que Sáez zanjara el debate.

Sáez apoyó la devaluación.

Con ello, y sin saberlo, selló el destino de Araneda Dórr, afirmó la competencia de los jóvenes de Chicago y creó la sensación de que la Armada estaba con razón a cargo de la economía (3).

Sáez nombró a Léniz; y Léniz, hombre de *El Mercurio*, conocido de varios de los Chicago y gestor empresarial, casi no tuvo idea de cómo se tejería a su alrededor una frondosa red de amigos, ex compañeros e ideólogos de un modelo que en pocos meses sería el dominante.

Y todo por una antesala.

La antigüedad, viejo tema

La salida del general González y el profesor Navarro permitió a la Junta hacer el primer ajuste de importancia en la conducción política.

El segundo ajuste debía operarse en el interior de las Fuerzas Armadas, sometidas a una tensión bajo cuyo manto se había trastocado la regularidad de los movimientos insti-



Léniz y Leigh: el sorpresivo nombramiento obligó al nuevo ministro a suspender un viaje.